

la dignidad del trabajo

A las 12 del domingo 23 de agosto, antes de rezar junto con numerosísimos fieles, llegados a Castel Gandolfo, el "Angelus Domini", el Santo Padre quiso destacar la significación de la visita realizada por la mañana a la ciudad de Aprilia y la dignidad sobrenatural del trabajo:

Amadísimos hijos, saludamos a todos los que estáis aquí reunidos y a los que en la plaza de San Pedro están en conexión con Nos. Es muy grato al corazón del Padre dar la bendición dominical, tanto a los grupos como a las personas, extendiéndola a los seres que cada uno quiere y a los que representa y dando a cada uno el encargo de transmitir el voto paternal a donde quiera que llegue el rayo de la caridad.

¿Qué podemos deciros? Estamos de vuelta de la visita a una ciudad fundada hace pocos años, no lejos de acá, que se llama Aprilia. Entre las hermosas impresiones y muy dignas de ser descritas, y meditadas, sobresale una que interesa de manera especial, la de considerar las posibilidades y los admirables resultados del trabajo humano.

Recordamos que en las primeras épocas en que vivíamos en Roma, hace treinta o cuarenta años, allí había solamente campo desolado, inculto y pobre, entristecido por la malaria, sin casas, sin ningún síntoma de vida ni de recuperación. Ha cambiado su aspecto: ahora está todo trabajado y es fértil y hasta relativa-

mente rico, con un nuevo bienestar; y ha surgido una ciudad considerable, de 20 mil habitantes, allí donde no había nadie. Además, existe un conjunto de calles y de obras: es una comunidad floreciente nacida precisamente de las fuerzas disciplinadas y organizadas cuerdamente por medio del trabajo.

¿Y ahora? Ahora al trabajo agrícola se ha agregado también el trabajo industrial. Esta mañana, en el primer momento del encuentro, los obreros Nos han dicho que son 66 las industrias en actividad en la periferia y alrededor del nuevo centro urbano. Esto quiere decir que existen disposiciones y mentalidades nuevas, nuevas costumbres, precisamente como ocurre en las zonas industriales, que cambian el género y la manera de vivir y de pensar.

Deseamos, por ello, que la intención de nuestra oración, hoy, sea particularmente dedicada al trabajo, por su dignidad, por su elevación, por su libertad, como prueba de la estima y de la gratitud que debemos tener por la labor humana y por todos los trabajadores que han gastado energías, tiempo y vida para transformar profundamente el flujo de la existencia temporal, en el cual pasamos aquí abajo nuestros días.

Quisiéramos que Nuestro saludo y Nuestra bendición llegaran a todos los trabajadores. A los de los campos; en el trozo del Evangelio leído esta mañana existen alusiones estupendas a lo que

ocurre en la vida que Nos rodea: el lirio del campo hace pensar en la fecundidad, en la poesía y en la belleza de la naturaleza. Luego, a los trabajadores de la actividad industrial, organizada, moderna, que experimentan, mayormente el hechizo de la eficacia de su obra y que más fácilmente olvidan la causalidad superior, de la cual son también ellos instrumentos reveladores: la causalidad de la naturaleza, la causalidad de Dios.

Y bien, a todos estos trabajadores llegue Nuestro saludo, Nuestro agradecimiento, Nuestra demostración de estima y de bendición. Con los votos de que el hombre no desconozca la cordura que debe guiar al trabajo, o sea que no crea que puede ser ni suficiente por sí mismo —¿qué ocurriría si faltaran las fuerzas de la naturaleza, si fallaran las leyes que la gobiernan y las innumerables infusiones misteriosas que Dios ha dado al cosmos de donde nosotros sacamos nuestra fuerza y nuestros poderes de riqueza y de fecundidad, adaptando las cosas lejanas y materiales a nuestras necesidades?—, ni considere que el trabajo es un fin absoluto. En efecto, el trabajo no puede ser la causa suprema: es una vía instrumen-

tal, es un medio, tiene que servir al hombre. Y no solamente por los bienes materiales que produce, sino que tiene que servir para todo el hombre, para el hombre completo, que está destinado también a fines superiores, o sea a alcanzar el conocimiento y la posesión de Dios.

Esto quiere decir que nosotros debemos rezar para que el trabajo siga siendo algo bueno, iluminado por sentimientos ultraterrenales, que siga siendo moral en sus expresiones y en sus aspiraciones, que reciba el consuelo, el apoyo de la fe y sea ennoblecido por ella, de la fe cristiana, que no es una nota cualquiera que se puede agregar artificialmente, sino que constituye el elemento más alto y necesario que corona, eleva, estimula el trabajo, dándole significación y dignidad superiores.

Por eso es hermoso invitar a todos —en la actualidad todos los individuos están dedicados al trabajo— a rezar a la Virgen para que nos conceda una gracia singular. Quiera María hacer descender sobre la humanidad entera que trabaja el consuelo de su luz, dé su esperanza, de su bendición, que no puede ser más que la bendición cristiana. ♦

declaración conjunta

FORMULADA por los siguientes 77 países en desarrollo al concluirse la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo: Afganistán, Alto Volta, Arabia Saudita, Argelia, Argentina, Birmania, Bolivia, Brasil, Burundi, Camboya, Camerún, Ceilán, Colombia, Congo (Brazzaville), Congo (Leopoldville), Costa Rica, Chad, Chile, Chipre, Dahomey, Ecuador, El Salvador, Etiopía, Filipinas, Gabón, Ghana,

Guatemala, Guinea, Haití, Honduras, India, Indonesia, Irak, Irán, Jamaica, Jordania, Kenia, Kuwait, Laos, Líbano, Liberia, Libia, Madagascar, Malasia, Malí, Marruecos, Mauritania, México, Nepal, Nicaragua, Níger, Nigeria, Pakistán, Panamá, Paraguay, Perú, República Árabe Unida, República Centroafricana, República de Corea, República Dominicana, República del Viet-Nam, Rwanda, Senegal, Sierra Leona, Somalia, Siria, Su-

dán, Tailandia, Tanganyika y Zanzíbar, Togo, Trinidad y Tabago, Túnez, Uganda, Uruguay, Venezuela, Yemen y Yugoslavia.

— I —

1. Los países en desarrollo antes citados, reconocen que la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo supone un paso importante hacia la creación de un orden económico mundial nuevo y justo. Considera que esta Conferencia es el fruto de unos esfuerzos sostenidos que se revelaron en la Declaración de El Cairo, la Carta de Alta Gracia, las Resoluciones de Brasilia, Addis Abeba, Niamey, Manila y Teherán y, sobre todo, en la Declaración Conjunta que hicieron los 75 países en el decimotercero período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas. Estos esfuerzos contribuyeron a forjar la unidad de los 75, que ha sido la característica más sobresaliente de toda la Conferencia y un hecho de importancia histórica.

— II —

2. En estas declaraciones anteriores y en el Informe del Secretario General de la Conferencia se enumeraron las premisas fundamentales del nuevo orden. En pocas palabras, supone una nueva división del trabajo orientada hacia la industrialización acelerada de los países en desarrollo. Los esfuerzos de estos países para elevar el nivel de vida de sus pueblos, que se realizan en la actualidad en condiciones externas desfavorables, deberían ser completados y reforzados mediante una acción internacional constructiva. Esta acción debería establecer una nueva estructura del comercio internacional que fuese totalmente compatible con las necesidades del desarrollo acelerado.

3. Los diversos temas de una política internacional de comercio y desarrollo nueva y dinámica, incluyendo la cues-

tión del comercio de tránsito de los países sin litoral, se reflejaron de una manera concreta en los programas y propuestas presentados por los países en desarrollo a esta Conferencia como manifestación unitaria de objetivos y medidas en todas las esferas importantes.

Los países en desarrollo consideran un éxito que esta Conferencia haya ofrecido la oportunidad de examinar detenidamente esos programas y propuestas por toda la comunidad internacional. Confían en que las deliberaciones de esta Conferencia contribuyan a que los gobiernos de los países avanzados y de los países en desarrollo formulen nuevas políticas al darse plena cuenta de las necesidades de los países en desarrollo.

— III —

4. No obstante, los países en vías de desarrollo declaran que consideran las recomendaciones finales de la Conferencia sólo como un primer paso hacia una aceptación internacional de una nueva política comercial de desarrollo. No estiman que el progreso que se ha registrado en cada una de las principales esferas del desarrollo económico haya sido adecuado o proporcionado a sus necesidades fundamentales. Por ejemplo, no se ha realizado una evaluación adecuada del problema del déficit del intercambio de los países en desarrollo. Sólo se han efectuado enfoques muy limitados sobre la cuestión del comercio de productos primarios y la de las preferencias en favor de las exportaciones de manufacturas. Asimismo, sólo ha sido posible adoptar medidas preliminares con respecto a los planes de financiación compensatoria para contrarrestar el deterioro a largo plazo de la relación de intercambio. Sin embargo, los países en desarrollo han aceptado los resultados de esta Conferencia con la esperanza de que sienten las bases de un progreso más importante en el próximo futuro. Han aceptado asimismo estas resolucio-

nes reconociendo la necesidad de un esfuerzo de cooperación internacional. Para ello, han decidido que lo mejor era lograr el mayor acuerdo posible en vez de hacer constar sus aspiraciones en decisiones mayoritarias.

— IV —

5. Los países en desarrollo atribuyen especial importancia a la creación de un organismo internacional de comercio y desarrollo. Es esencial que este nuevo organismo sea un instrumento eficaz para el estudio de las diversas cuestiones, la formulación de políticas, el examen de resultados y la adopción de las medidas de ejecución necesarias para las relaciones económicas internacionales.

6. Los países en desarrollo reconocen el valor del acuerdo general a que se ha llegado con respecto al plan de establecer un organismo que continúe la labor ya comenzada. Señalan que algunos temas importantes relacionados con este organismo han sido remitidos a la Asamblea General para que decida al respecto. En este sentido, opinan que debería haber amplias posibilidades de llegar a un acuerdo viable sobre temas importantes. Pero declaran categóricamente que ningún arreglo encaminado a este objetivo debería derogar el derecho final del consejo propuesto y de la Conferencia a adoptar recomendaciones sobre cualquier tema importante, por una simple mayoría de votos en el caso del consejo y por mayoría de dos tercios en el caso de la Conferencia. Los países en desarrollo atribuyen capital importancia a unos procedimientos democráticos que no permitan situaciones privilegiadas en la esfera económica y financiera, ni en la esfera política. Asimismo, los países en desarrollo insisten en la necesidad de una evolución ininterrumpida en la esfera institucional que no sólo refuerce progresivamente el órgano que ahora se prevé, sino que también contribuya a establecer, en definitiva, una amplia organización internacional de comercio.

— V —

7. Los países en desarrollo consideran su propia unidad, la unidad de los 75, como la característica más sobresaliente de esta Conferencia. Esta unidad se debe a que enfrentados con los problemas fundamentales del desarrollo, tienen un interés común en una nueva política de comercio internacional y de desarrollo. Opinan que esta unidad es la que ha dado claridad y coherencia a las deliberaciones de esta Conferencia. Su solidaridad ha sido sometida a prueba en el curso de la Conferencia y los países en desarrollo han surgido de ella con una unidad y una fuerza todavía mayor.

8. Los países en desarrollo están profundamente convencidos de que existe una necesidad vital de mantener y afianzar después esta unidad en los próximos años. Es un instrumento indispensable para lograr que se adopten nuevas actitudes y nuevos enfoques en la esfera económica internacional. Esta unidad es también un instrumento para ampliar el campo del esfuerzo cooperativo en la esfera internacional y para asegurar unas relaciones mutuamente beneficiosas con el resto del mundo. Por último, es un medio necesario de cooperación entre los propios países en desarrollo.

9. Los 77 países en desarrollo, con motivo de esta declaración, se comprometen a mantener, alentar y afianzar esta unidad en el futuro. Con ese fin, adoptarán todos los medios posibles para ampliar las relaciones y las consultas entre ellos destinadas a determinar objetivos comunes y a formular programas conjuntos de acción en pro de la cooperación económica internacional. Estiman que las medidas destinadas a afianzar la unidad lograda por los 77 países durante la Conferencia y las disposiciones concretas adoptadas para establecer contactos y acelerar consultas deben ser estudiadas por los representantes de los gobiernos durante el decimonoveno período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas.

10. La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo constituye el principio de una nueva era en la evolución de la cooperación internacional en materia de comercio y desarrollo. Esta cooperación debe servir de instrumento decisivo para acabar con la división del mundo en zonas de opulencia

y zonas de intolerable pobreza. Esta labor constituye el gran empeño de nuestro tiempo. Hay que reparar la injusticia y la negligencia que ha existido durante siglos. Los países en desarrollo están unidos en su resolución de continuar sus demandas de reparación y apelan a toda la comunidad internacional para que les apoye en sus esfuerzos y los comprenda. ♦

literatura

unamuno en tres novelas

• FEDERICO PELTZER

EN este año de homenajes a Miguel de Unamuno, por cumplirse el centenario de su nacimiento, he sentido la necesidad de volver sobre un aspecto de su obra. Cumplo, con ello, un deber que personalmente me impongo y que sospecho le habría sido grato, por aquello de que los libros, las palabras, sobreviven a los hombres; y porque hablar de sus novelas es hablar de los seres que él creó, esos de vida más duradera que su autor, como diría Augusto Pérez, aquel español unamuniano que en todo se anticipó a Pirandello, pero que a menudo olvidamos por el pecado de haber nacido en tierras del Quijote.

Sintió don Miguel, durante su vida entera, la sed de inmortalidad, con bulto, no mera sombra, y su grito: "Creo en el inmortal origen de este anhelo de inmortalidad que es la substancia misma

de mi alma" (1), lanzado en 1913, cuando ya estaba de vuelta de la crisis de ateísmo que lo llevara a tentar aventuras políticas (el socialismo entre otras), resonó en toda Europa, porque significaba un llamado a reparar en la angustia existencial, una tentativa por hallarle sentido a este mundo que no puede aceptarse, si todo termina en él. Como bien señala Marías, transcribiendo palabras del ensayo "Soledad" (1905), no hay más que un tema en Unamuno: tratar de descubrir qué habrá de ser de cada conciencia individual, después de la muerte (2).

(1) "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos". Bs. As., Austral, 1952, pág. 45.

(2) JULIAN MARIAS: "Miguel de Unamuno". Bs. As., Austral, pág. 20.